

Dramas Capitalinos

Sobrevivir en la Ciudad

POR LORENZO MEYER

LA semana pasada me preguntaba yo en esta misma columna qué había pasado con nuestro magnífico gasoducto de 1,500 millones de dólares destinado a promover la exportación de energéticos. Casi inmediatamente después Pemex anunció que estamos importando gas de Estados Unidos. En verdad que son misteriosos los caminos que toman las paraestatales en el cumplimiento de sus obligaciones. Bueno, pasemos a otra cosa.

Hace tiempo se pusieron de moda en Estados Unidos las escuelas especializadas en técnicas de supervivencia. Las razones de esta moda no vienen al caso, baste decir que el punto culminante de sus cursos consistía en dejar al alumno —generalmente gente de dinero— en alguna montaña, y pedirle que sobreviviera por unos días en un ambiente hostil armado tan sólo de una navaja y mucho ingenio.

★

CREO que en los tiempos que corren sería muy bueno montar decenas de escuelas como éstas en México, pero no para sobrevivir a los rigores de la madre naturaleza sino para vencer cotidianamente condiciones quizá peores: las que existen en nuestras ciudades, particularmente en el Distrito Federal.

Es claro que las técnicas que se imparten en estas escuelas dependerá, en primer lugar, de la clase social a la que pertenezcan los alumnos. Por ejemplo, a una persona que use el Metro todos los días y en las horas pico, le serían útiles las técnicas más radicales, lo mismo a quien deba mantener a su familia con el salario mínimo. Sin embargo, es claro que debería haber materias comunes, útiles para todos, independientemente de la clase social, edad, sexo e ideología a la que pertenezca el alumno.

Entre las materias comunes, deben incluirse en primer lugar las artes marciales, tanto aquellas que privilegian la defensa (judo) como las que ponen énfasis en el ataque (karate). También se necesitan las técnicas de protección contra el ataque civil ante a la población civil con los gases tóxicos —prohibidos a partir de la Primera Guerra Mundial— por parte de la Ruta 100, camiones materialistas y otros vehículos similares. Igualmente útiles a todos sería el dominio de las acciones mínimas necesarias para salir física y síquicamente bien parados de un encuentro con algún miembro de la Secretaría de Protección y Vialidad, etcétera.

Sin pretender ser parte del profesorado de estas

nuevas escuelas de supervivencia urbana, puedo pasar a los lectores algunas de las técnicas menores que he usado en estos tiempos. Para empezar está la de conseguir gas. Hace tres semanas que debió de haber llegado a mi casa, pero no llegó, la "pipa" que surte de gas a la pequeña comunidad de copropietarios del lugar en donde vivo.

★

PREVIENDO tamaño inconveniente, yo mantengo, desde hace mucho, junto al tanque estacionario, mi instalación original a base de cilindros. Fue así que cuando vi venir la catástrofe busqué la forma de comprar un tanque de treinta kilos. La tarea no fue fácil, ya que los camiones repartidores se han vuelto muy discriminativos en un mercado dominado por los vendedores y no por la demanda. Cuando lo conseguí no me dormí en mis laureles. Junto con otros vecinos, salí a la caza de una de las "pipas" de gas a ofrecerle un "incentivo" para que nos diera el combustible destinado a otra persona. Antes de llegar a este punto ya había hecho una decena de llamadas inútiles a la empresa que se supone debe de surtirme de gas. Dos o tres veces intenté quejarme a la Procuraduría Federal del Consumidor, pero nunca me contestaron. La semana pasada uno de nosotros por fin consiguió que una "pipa" nos surtiera de gas: cada uno de los seis copropietarios pagamos de "propina" dos mil pesos al chofer, que decidió salirse de su ruta y darnos el gas destinado a otros prójimos. En la guerra urbana no hay misericordia. Esta técnica es cara y toma tiempo, pero la prefiero a la de otro colega que, para poder bañarse cuando se le acabó el gas, usó de manera intensiva sus dos cafeteras eléctricas (supongo

que el olor a café debió de quitárselo a base de loción).

★

PARA deshacerme de la basura no puedo atenerme al camión que manda la delegación, pues sólo pasa un día a la semana y no siempre es el mismo. Como mi conciencia aún me impide tirar los desperdicios en la calle, por un tiempo intenté dejarlos en unos tambos que había en un mercado cercano, pero tras un pleito con uno de los locatarios decidí buscar otra vía. La he encontrado: hago que la basura me acompañe a mi trabajo en una bolsa y con toda discreción y dignidad

la deposito en el basurero de la institución donde laboro. Así pues, si alguien quiere resolver de manera permanente y segura su problema de basura, le aconsejo que consiga un empleo en un lugar donde exista un depósito de basura abierto a los empleados.

A veinte metros de mi casa pasa un ferrocarril absurdo. Conseguir el permiso legal y permanente para cruzar la vía, me tomó años, dinero y una visita al secretario de Comunicaciones. Antes de que la burocracia me permitiera cruzar la vía sobreviví gracias a una negociación difícil y constante con el guardavías. Este veterano empleado de los ferrocarriles sólo me permitía el paso libre mediante el pago directo de una cuota que él imponía después de dejarme encerrado sin previo aviso. Además de esta cuota, exigía como tributo una botella de brandy nacional, misma que yo le entregaba con la secreta esperanza de que muriera envenenado. Confío en que este haya sido el caso, pues hace mucho que no lo veo.

En fin, el espacio se acaba, pero otro día continuaré dando sugerencias clase-medieras para sobrevivir en medio de la miseria física, moral, estética y política de nuestra ciudad.